pero se conforman con sus ecsigencias, con hechos consumados que no puedan variarse, y desean que subsista el régimen ó gobierno, que atendidas las circunstancias da mas garantías y mas esperanzas de reposo y seguridad. Persuadidos de que no es digno ni honroso mezclarse con la gente turbulenta ni dirigir á los partidos que se hacen una guerra á muerte por los empleos y el mando, se han conformado siempre con oponer resistencia en los puestos á que han sido llamados, á todo lo que es contrario á sus ideas, ó con ausiliar débilmente al que las favorece. Pasivos hasta un grado en que se confunden con la indolencia y el egoismo, sin plan ni combinacion alguna para hacer triunfar sus principios, y acostumbrados al mando de los hombres incapaces de ejercer la autoridad pública, no tienen el convencimiento que debieran tener de su fuerza y popularidad y de que con pocos esfuerzos asegurarian un sistema conveniente de gobierno. Mas responsables quizá los hombres de órden por lo que no hacen que los partidos mismos por los trastornos que han causado, debe decirse una vez por todas, que sin ellos no es posible que se aseguren ni la libertad legal ni la independencia.

El mundo en su actual estado escita el deseo de un cambio incesante, y apenas permite á los pueblos la tranquilidad y los bienes de que disfrutan. En México, que durante cuarenta años ha presenciado tantos sucesos, se ha espuesto á tantos peligros, y ha buscado en vano la felicidad, debia dominar esa inquietud que agita todos los espíritus, que se disgusta de la permanencia de un gobierno ó de una constitucion solo porque no son nuevos, y que aspira á otro órden de cosas ó á otros hombres con el pleno conocimiento de que nada avanzará con estas variaciones. Ensayarlo todo, no contemplar nunca que la paz es

el primero de los bienes sociales, y que sin ella es imposible el triunfo de la razon y de los buenos principios, es lo que ha perdido á este pais, que por otra parte ha estado sujeto á la violencia, á la instabilidad de las ideas y á las impresiones desfavorables que han debido dejar los gobiernos y los hombres que han causado sus desgracias.

Bajo el antiguo régimen era mas fácil que subsistiesen aquellos, porque su fuerza consistia mas en el respeto que inspiraba la autoridad pública que en las personas que la ejercian. En el sistema representativo, por una consecuencia lógica, se busca siempre el mérito individual, porque se supone conforme á las doctrinas liberales, que el electo para un cargo público es el mas capaz, y el que en competencia de todos los que han podido pretenderlo, ha dado mas garantías de aptitud, de integridad y de un desempeño fiel y cumplido. Presentadas bajo este aspecto la autoridad y la administracion, por respetable que sea el principio, el desengaño es terrible cuando no se encuentran las virtudes que se esperaban, y el primer efecto que produce es el desprecio ó un ódio difícil de reprimirse. Bajo cualquier sistema ó gobierno, se debe presumir que es digno el que manda y dócil el que obedece, y sin esta condicion no seria posible ni gobernar ni administrar con écsito. Sin embargo, el mundo jamas prescinde de aquellas relaciones indispensables con los beneficios ó con los males que se le hacen, y sabe caracterizar todo lo que se somete á su ecsámen. Cuando se establece una política que provoca el de la multitud, no es posible que esta deje de calificar con la misma libertad que la imprenta los actos de sus gobernantes; y si por el contrario, se sienta, como se hace bajo el sistema absoluto, que no puede comprender co-

mo aquellos las verdaderas necesidades del pueblo, entónces la autoridad se presenta con otros caractéres que la apoyan y robustecen, porque la ponen á cubierto de una censura ilimitada. En cuanto á esto, no cabe duda que el sistema representativo es mas noble por la perfeccion á que aspira: en la práctica, el absoluto tiene ventajas que no pueden desconocerse, supuesto que aun sin contar con los medios de represion y de violencia, la autoridad, simplemente por autoridad, goza de mas crédito, y puede consagrarse con menores obstáculos al servicio á que está destinada.

Pero si hay tantos elementos de desórden y discordia en naciones que como la nuestra apenas conocen el sistema que las rige, y si por todas partes se suscitan dificultades que embarazan á la administracion, ya se atienda á la oposicion que hacen la discusion, la imprenta, las opiniones y hasta los caprichos que es necesario satisfacer de las asambleas populares, nada es comparable con el desconcierto en que entra todo luego que faltan la armonía y correspondencia debidas entre los pueblos y los gobiernos. Cuando estos piensan y sienten de diverso modo, cuando los últimos desconocen las virtudes de los primeros, y cuando quieren representar otro ser moral, otra nacionalidad ú otra independencia, entónces los gobiernos carecen de la fuerza que debian tener, quedan reducidos al pequeño círculo de agentes y empleados á quienes pagan, y en las cuestiones de interes nacional ó en los grandes peligros, ni se escucha su voz, ni se les concede el derecho de ecsigir sacrificios que solo pueden hacerse cuando son estimados como merecen los hombres á quienes se piden. Nuestros gobiernos, estraviados unas veces por la política de la filosofía enciclopédica, y temerosos

otras de parecer poco ilustrados y confundidos con la multitud, han contemplado las virtudes mas eminentes de nuestro pueblo como otros tantos gérmenes de degradacion moral que era preciso corregir mas ó ménos violentamente. Su sencillez y buena fé se han calificado como efecto de su ignorancia: la actitud pasiva que ha guardado en los momentos de mayor agitacion y discordia, como el rasgo característico de una apatía que parece destinarlo á la esclavitud y á la miseria; y su piedad, esta virtud que hasta bajo los falsos dioses del paganismo era objeto de la veneracion de los magistrados, no ha sido ante la crítica de nuestros hombres de progreso sino el fanatismo de la época colonial.

Confundidas tan torpemente las ideas y calificando de defectos las inclinaciones mas generosas, capaces de asegurar siglos de felicidad, no debe sorprender á nadie que nuestros gobiernos ni durante la guerra civil, ni durante la estrangera, hayan quedado reducidos á ese aislamiento que á primera vista se atribuye á falta de patriotismo, y que en realidad no es sino el mismo en que se han colocado, luego que desconocieron la importancia de cultivar los sentimientos nobles de la multitud. El espíritu público, el entusiasmo, el patriotismo sin ese resorte poderoso de la union entre los pueblos y los gobiernos, nada importan, y contrariados constantemente por sí mismos, ni pueden conservar la paz, ni engrandecer á un pais, ni mucho ménos salvarlo de un enemigo estrangero. Pues bien, nuestras administraciones comunmente, ó se han empeñado en inspirar otras ideas á la multitud, ó en ver con indiferencia su índole y carácter que, dominados por el sentimiento religioso, hacen del pueblo mexicano uno de los mejores del mundo. Era

natural por lo mismo, que combatiendo los gobiernos ó despreciando lo que debieron cultivar, y dando por otra parte los malos ejemplos de prodigalidad, de desórden, de impunidad de los delitos, la sociedad se conmoviera hasta en sus cimientos, no debiendo ecsistir ya, si por un beneficio especial del cielo ese mismo pueblo no se hubiese preservado de todos los escesos á que lo ha provocado el desconcierto del gobierno en todos los ramos.

La impotencia de éste ha fijado los límites de nuestras pasiones y de nuestros desórdenes. Sin fuerza para nada, aun en los momentos en que ha podido creerse mas popular, ha tenido que retroceder y variar de conducta cuando se habia propuesto ejecutar medidas de una trascendencia funesta en la sociedad, ó satisfacer con persecuciones inícuas al partido que lo habia elevado, temiendo los sentimientos del pueblo, que siempre han sido templados y generosos. Y si por desgracia nuestra se han cometido faltas que nos avergüenzan, no se puede dejar de convenir en que la debilidad del gobierno no le ha permitido entregarse á todas las ecsageraciones tan frecuentes y tan propias de nuestros dias. Cierto es tambien que no ha habido en los hombres que han gobernado, ni en los partidos políticos, sin embargo de la influencia de las nuevas doctrinas, esa depravacion estraordinaria que solo viene de una sociedad desquiciada y víctima de todos los horrores de la incredulidad y de la anarquía.

De lo que se ha dicho, se deduce rectamente que nuestra guerra civil no tiene aquellos caractéres con que se ha señalado la de otros pueblos con oprobio del género humano. La república nada ha tenido que lamentar por esa proscripcion de todos

los principios y verdades morales que ha desolado á los pueblos apasionados por la democracia, y si apenas hay palabras para describir el desórden administrativo en que se han perdido todas las esperanzas, dista mucho todavía de aquella corrupcion y de aquellos crímenes que algunas veces se nos presentan como el testimonio inequívoco de la grandeza y vida de las naciones, no siendo realmente otra cosa que los precursores de su decadencia y su ruina. El que confundiera con el carácter nacional las proporciones pequeñas de su guerra interior, el que no viera en las pasiones de los partidos y de la multitud sino lo que permite la poca elevacion de sentimientos y de ideas de un pueblo abyecto y envilecido, se engañaria de una manera notable, desconociendo á un tiempo la condicion de nuestra naturaleza y los resortes poderosos de una educacion que, sin embargo del estravio general, no ha podido olvidar todavía lo que se debe á la justicia y á la virtud.

Influencia, pues, del siglo presente en la nacion mexicana, en sus partidos y en sus gobiernos: abuso constante de los principios todos del sistema representativo: envidia del mérito personal, y el vicio de la prodigalidad que ha aspirado á satisfacerse con las rentas del Estado: constituciones y sistemas políticos que han favorecido estas malas propensiones: clases llamadas al gobierno que no han tenido ni la educacion ni los conocimientos indispensables para organizar y establecer un sistema administrativo y económico que diese garantías de estabilidad; y sobre todo, falta de poder en los gobiernos y en los partidos que han representado siempre otros intereses y otros sentimientos diversos de los de la multitud, que no han tenido fuerza para nada, y que se han contenido en la carrera del mal por la moralidad y

generosidad del pueblo, todo esto, repito, caracteriza nuestra guerra civil, y fácil es distinguir las causas de sus efectos. Véamos ahora bajo qué formas especiales se han presentado los gobiernos y partidos desde 1821.

II.

La regencia que presidió Iturbide, compuesta del general D. Juan O'Donojú, que murió pocos dias despues de instalada, y fué reemplazado por el Dr. D. Joaquin Perez, obispo de Puebla, del Dr. D. Manuel de la Bárcena, D. Isidro Yañez y Don Manuel Velazquez de Leon, y la junta soberana gubernativa que la habia nombrado, fueron impotentes, porque no tuvieron ningun plan para conservar al pais la actitud digna que tomó en la revolucion, y porque les faltó la unidad y armonía sin las cuales nada podia hacerse útilmente. En la regencia, alguno de sus miembros, Yañez, era poco adicto al primer gefe, y en la junta comenzó á sentirse desde luego la influencia poderosa del partido liberal. Sin atreverse nadie á hacer una oposicion abierta al gobierno, sí se notaba ya ese sentimiento poco noble que escita un génio superior en aquellos que no conocen que la mejor prenda de un hombre ilustrado es el aprecio que hace del verdadero mérito. Se presentaron como enemigos, segun se ha dicho antes, los generales mas notables de la primera insurreccion, gefes españoles que ó no habian tomado parte en la independencia, ó se arrepentian de la cooperacion que habian prestado y comenzaban á preveer que no seria provechosa á la casa reinante de España: multitud de hombres ignorantes que creian hacerse célebres con solo seguir la bandera del partido liberal y manifestarse desafectos al caudillo de la revolucion; gefes y oficiales mexicanos en fin, que se consideraban agraviados por la promocion de otros á grados superiores, y por la diferente gerarquía que sin embargo del empeño del primer gefe de no variar la antigua, estableció en la milicia, como era necesario, la diversidad de servicios prestados á la nacion. El partido liberal, á quien no se podian negar ni talentos ni deseos tampoco de engrandecer al pais, se rodeó de todos estos ausiliares, y sin pensar en el porvenir ni en las desgracias que debian suceder á la ruina del único hombre capaz de dirigir el gobierno, se propuso aprovecharse de sus faltas y errores, y del peligro mismo en que iban á ponerse los intereses mas sagrados del pais. Ese partido debia espiar cruelmente esta conducta y abrazar pocos años despues todos los principios contrarios á los que habia proclamado, cuando era dueño de la política y de las primeras impresiones que recibe una nacion al hacerse independiente, de los principales hombres encargados de constituirla.

En la junta compuesta de treinta y cinco miembros, habia hombres muy distinguidos y de una grande importancia política, y otros tambien que por las relaciones de familia ó por la fortuna de su casa, podian considerarse como los representantes de las diversas clases de la sociedad. Iturbide en efecto, habia querido que ninguna de éstas dejase de tener uno ó mas órganos suficientemente caracterizados. Fagoaga (D. José María), Tagle, Orbegozo, Bustamante D. (José María) y D. Ignacio Gar-